



## Yo no soy Rappaport

JUAN ANDRÉS PIÑA

**A**l menos dos errores de apreciación se han escurrido a propósito del último estreno de *Ictus*. El primero es postular que con esta obra del norteamericano Herb Gardner, el grupo varía esencialmente su línea temática de los últimos años, vigorosamente anclada en la vida cotidiana, política y social de Chile. Lo segundo es pensar que con este estreno se deja de lado o se echa por la borda el sistema de trabajo teatral que malamente se calificó como "Creación Colectiva". En rigor, el grupo viene trabajando desde años con distintos autores (Vodanovic, Osse, De la Parra, Donoso, Cerda). Porque aun cuando *Yo no soy Rappaport* se diferencia de las anteriores por ser una obra "ya terminada" al empezarse a montar, el método de trabajo sobre el escenario, la

dirección conjunta de *Ictus* y Gustavo Meza y, en fin, la diferente perspectiva de puesta en escena, son sellos claramente distintivos. Todo ello se ha logrado por haber trabajado tanto tiempo en el desarrollo de un específico sistema teatral, sobre el que hemos reflexionado abundantemente durante los últimos quince años en estas páginas.

Si bien es cierto que hay aquí un cambio respecto al contenido de lo que se dice, ello más bien ocurre con el argumento y algunos temas, pero no con los contenidos profundos que tradicionalmente el grupo ha planteado.

*Yo no soy Rappaport* es la historia de dos ancianos: Nat (Nissim Sharim; judío, marxista y viejo luchador social, y Mitch una sobresaliente caracterización de José Secall), antiguo boxeador negro que



ahora cumple con tareas más simbólicas que reales en las calderas de un edificio neoyorkino. Marginados, a la deriva, donde sólo el recuerdo es verdadero, ambos hombres conversan, discuten y recuerdan en un banco del **Central Park**, tras una reja, es decir, privados de intimidad o espacio hogareño. Fabulador, entusiasta y solucionador de entuertos domésticos, Nat simula ser varios personajes, narrando historias maravillosas y privilegiando así lo extraordinario por sobre lo común, imponiendo a su compañero la imaginación y las ganas de vivir.

A través de la obra, Nat efectúa una suerte de enseñanza de la dignidad al viejo boxeador, quien es un buen hombre, pero asustadizo de su marginalidad, excusándose ante todos. El judío apela precisamente a su historia como luchador social y amante de la justicia, a su pasado de transformador de las estructuras sociales, a su utopía, para defender al amigo o a quien se ponga por delante y que sea avasallado. Para ello —y como buen fabulador— simula ser un abogado de prestigio o un detective incorrupto. Su batalla es solitaria, histriónica, a veces chispeante y otras veces patética, especie de Quijote moderno que las emprende contra los nuevos molinos contemporáneos: drogadicción, delincuencia, estafa, cesantía y olvido.

Dos temas centrales atraviesan así la obra. Por un lado, el retrato de una vejez marginal: el par de ancianos está descuidado por el resto, se les golpea, humilla o despide del trabajo. Incluso Clara (Delfina Guzmán), la hija de Nat, quiere que su padre viva segura y cómodamente, resistiéndose a entender las razones del viejo para deambular por las calles. El segundo tema tiene que ver con la pérdida de las

utopías: Nat navega solo en un mundo materializado, práctico y poco solidario.

Las viejas luchas de antaño están olvidadas y él parece ser su último baluarte.

Pero en rigor, lo que **Yo no soy Rappaport** reivindica no es tanto una ideología determinada —que hoy actúa con vigencia en el mundo—, sino la actitud interna de luchar por los demás, por su justicia y su dignidad. Nat lamenta el egoísmo social, el individualismo de sus semejantes, y vuelve a hablar de una conducta básica: responder con dignidad ante el ultraje. El final del aprendizaje del negro Mitch será su orgullo por haberle hecho frente al traficante de drogas (Carlos Genovese) vestido de vaquero, símbolo de ese otro sueño americano ahora envilecido. **Yo no soy Rappaport**, entonces, no se aleja de la temática chilena al acercarse a materias más universales, sino que renueva su óptica, revitaliza un punto de vista, renueva sus contenidos a través de una forma ahora diferente: otros personajes, otros escenarios, otros argumentos que los vistos en el teatro La Comedia en los últimos años, y por esa vía oxigena también sus contenidos, que en las últimas obras parecían agotados.

Conmovedora, contingente e impecable en sus recursos dramáticos tradicionales, **Yo no soy Rappaport** habría sido una obra posiblemente demasiado extensa, quizás plana o reiterativa, de no haber existido el trabajo de **Ictus** sobre el escenario. El ritmo interno de los personajes, la complicidad actoral y la utilización de recursos teatrales que interpretan la verbalidad de la obra, son fruto de una experimentación anterior que necesitaba un buen texto como el de Gardner. La combinación, pues, ha sido exitosa y un ejemplo de buen teatro. **(M)**